



DECENARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Año 1

Loreo 10 de Diciembre de 1856

Num. 35

SUMARIO

Fantasia otoñal, por Juan J. Menduina. — En la muerte de mi buen amigo Gómez y Arizpe, por Antonio Gayón. — Rosa y María, por Alonso Espejo. — Vestir al desnudo, por José Curasán. — A España, por José Ayala García. — Mesa revuelta.

Fantasia otoñal

¡Desengáñate, hermosa! ¡Sólo las almas enamoradas podemos comprender los misterios de la Naturaleza, los secretos de la vida! ¡Tú y yo sabemos muchas cosas que ignoran los sabios, y es que, cuando tengo tus manos temblorosas entre las mías que las estrechan, que las aprisionan en una larga, en una persistente caricia; cuando siento llegar á mis ojos, no ya el rayo de la luz de tus pupilas serenas, de claridad suave como cielo en noche de estío, sino los resplandores de incendio de tu mirada abrasadora; cuando percibo las rítmicas ondulaciones de tu seno de virgen, y escucho como se apresura el latido de tu corazón y con qué fugacidad tus mejillas níveas palidecen ó ruborosas se encienden; cuando tu voz dulcísima, siempre vibrante, suena en mi oído, velada por la pasión; cuando nuestros alientos se confunden,

y se unen nuestros labios estremecidos, y estalla un beso... ¡oh! entonces, alma mía, parece que Dios ilumina nuestros espíritus y les presta el aliento de su sabiduría infinita, para que nada se les oculte, para que nada se les oscurezca.

No sé, no sé como hay quien diga que el otoño es el canto, es la estrofa consagrados á la muerte en el poema de la naturaleza; y que ese canto está henchido de gemitos, que en esa estrofa late el dolor, que se halla impregnada de los amargores de la agonía, y que de ella surge, desgarrador, el grito desesperado que lanza la vida, proclamando la victoria de la muerte. No, nosotros sabemos, amada de mi corazón, que no es así, que no es música funeral la que entona la naturaleza en otoño: que el rudo cierzo, cuando sopla y arranca de los árboles esqueletos, sonidos de arpa, no suena como lamento doloroso, sino como lánguido suspiro de pudorosa doncella, que, soñando amores en su lecho de virgen, mueve los labios en la sombra y besa con el pensamiento á un sér ideal, que tiene la consistencia de las ilusiones; sabemos, que la hoja seca, al desprenderse de la rama, no cae á la tierra para convertirse en polvo que esparcen los vientos, sino para, al deslizarse por el suelo, impelida por el huracán, ir cantando, en monótonas, pero voluptuosas cadencias, una música de amores dul-